

IX. *Todo esto confirma que el Protestantismo conduce á la impiedad. Conversion y obra de M. Papin acerca de esto.*

En efecto, este mismo argumento fué el que, como hemos dicho ya, rindió felizmente el espíritu del célebre M. Papin, ministro protestante francés, y acérrimo defensor un tiempo de la *tolerancia*, la cual sabia bien era la base y el carácter esencial de la pretendida Reforma. Habiéndose parado á reflexionar y meditado atentamente las consecuencias de semejante sistema, halló que en virtud de él era preciso y le conducian paso á paso á tolerar todo género de extraviados, aun á los Deistas y á los mismos Ateos, si lo eran de buena fe. Horrorizado de tal absurdo quiso dar un paso hácia atrás, y limitar una tolerancia tan excesiva y negarla á algunos. Pero advirtió por otra parte que entonces ponía en mano de los católicos la victoria, adoptando de esta manera la via de autoridad, que condena como cismática y herética la separacion de los suyos de nuestra Iglesia. Entre estos escollos rindióse por la gracia de Dios á la verdad; se hizo católico, y de propósito expuso y trató en una obra <sup>1</sup> este grande argumento, demostrando que los Protestantes en virtud de su sistema habian abierto un anchuroso camino á los hombres para llegar hasta el abismo de la impiedad, y que no podian contener semejante exceso sin retroceder de sus mismos principios. Por lo que entre otras cosas hace ver excelentemente, que los Protestantes principiaron con la *via de exámen*, y pretendien conservarse por la *via de autoridad*, celebrando sinodos, y haciendo ordenaciones y leyes para impedir los excesos. Pero si esta *via de autoridad* que emplean para conservarse, añade, es legítima é inocente, entonces se ve condenado su origen, en el que no se quisieron sujetar á la autoridad de la Iglesia. Y si la *via de exámen* que toma razon de los principios, fué justa y recta, queda condenada la *via de autoridad*, que siguen ahora para impedir los excesos; y en su consecuencia abierta sin

<sup>1</sup> *Les deux vies opposées en matière de Religion.*

remedio la puerta hasta los mayores desórdenes de la impiedad.

## CAPÍTULO II.

Continúa el mismo sistema del Protestantismo, tercera fuente de impiedad.

### I. *Los hechos demuestran que el protestantismo es en efecto fuente de la impiedad.*

Hemos demostrado á nuestro parecer con razones incontestables y clarísimas la verdad que indagábamos; añadamos ahora á ellas los hechos y experiencia que la hagan mas palpable y evidente. Es cierto y no negamos que antes de la pretendida reforma hubo en los países cristianos deistas, ateos y toda clase de impíos; pero tambien á nuestro entender lo es que los acusados de este crimen, especialmente despues de la restauracion de las bellas letras en la Italia, lo fueron por sus malas costumbres y obscensísimos escritos, con lo cual se demostraban hombres sin temor de Dios, y sin aprension de la otra vida; y así pasaron por incrédulos, y acaso eran ateos mas de voluntad que de entendimiento; mas de deseo que por conviccion; en una palabra, ateos prácticos, y no especulativos y por sistema. Mas sea de esto lo que se quiera, es cierto que por mucho que se aumente (como los protestantes hacen) el catálogo de los incrédulos, no hay proporcion entre los que hubo en la antigüedad, y la turba innumerable de impíos que en el anterior y presente siglo han inundado é inundan todavía los países protestantes, donde tranquilamente hablan y escriben, y desde allí esparcen por todo el mundo su pestifero veneno. Los héroes mas principales entre ellos, á saber: Hobbes, Espinosa, Tolando, Bayle, Collins, Tindal, Woolston y otros semejantes nacieron en Inglaterra y en Holanda, y allí tuvieron en cierto modo escue-

la abierta contra la Religion natural y revelada. Ya vimos la pintura que de la ciudad de Londres hacen Woodvart y Gipson, obispo protestante de ellos, quien entre otras cosas no duda asegurar, parece ser como la *plaza de la irreligion, y que supera á todos los otros países en este odioso género de comercio*. Allí ellos y sus impíos discípulos tienen la complacencia de ver salir impune y repetidamente de las prensas (en particular de Holanda) sus indignas producciones: y tambien la licencia de oponer contra los que las impugnan el terrible escudo de la *tolerancia* protestante ya indicada. Las desgracias de Woolston, se puede decir, fueron un fenómeno extraordinario. Ya antes hemos hecho observar formada, por decirlo así, la apología de todos los libertinos por los protestantes, quienes enseñan se deben dejar impunes, aun cuando prediquen públicamente la impiedad. ¿Qué mas se necesita para conocer y confesar, que bajo de tales auspicios y á favor de la libertad introducida por el sistema de los reformadores, *naturalmente*, como decia Woodvart, se extiendan é inunden aquellos infelices países de Deismo, Ateísmo y todos los errores? Por consiguiente, ¿qué mas necesitamos para reconocer que en efecto el protestantismo, ó sea el método introducido por los protestantes de opinar en materias de Religion, es uno de los manantiales de la moderna impiedad?

II. *Refútase la respuesta de un anónimo protestante. Parecer de M. Coste sobre esto.*

Estrechados de semejantes verdades los protestantes, ha parecido á algunos de ellos que el medio mas oportuno para evitar la odiosidad que de tan horribles consecuencias recae sobre la pretendida Reforma, no era el responder directamente, lo que sería imposible, sino acusar á la Iglesia católica de igual desorden. Un anónimo protestante, hombre á la verdad bastantemente sabio, autor, si no nos equivocamos, de una obra filosófica muy sutil, viendo que el Abate Prades, y mucho mas el Obispo de Auxerre, su impugnador, daban en cara á los reformados de que con haber negado la autoridad de la Iglesia habian abierto la puerta á todos los errores y delirios,

se empeña en probar que la infalibilidad que reconocemos en nuestra Iglesia de nada sirve para contener el torrente de la impiedad. Copiaremos enteramente sus palabras, porque de ellas se conocerá cuán grandes son las preocupaciones y cuán desesperada la causa de nuestros contrarios. Dice pues así<sup>1</sup>: « Los católicos, » concordes únicamente en reconocer una Iglesia infalible y que esta es la Romana, se dividen luego en opiniones cuando se trata de saber en dónde reside esta infalibilidad, y cuál es el sagrado tribunal de que han de salir sus oráculos. Unos lo fijan en el papa solo, otros en el concilio, y otros finalmente en el concilio y papa unidos. Por el contrario los que llamais herejes, persuadidos de que no hay *infalibilidad* sobre la tierra, se dispensan de buscarla. Además, de esa diversidad de opiniones en que estais divididos en orden á la sede de la infalibilidad, infieren ellos animosamente que la Iglesia no es infalible; porque si lo fuese, ya ha tiempo que con una decision infalible hubiera puesto fin á esta division tan embarazosa, ó por mejor decir, su puesta la infalibilidad, jamás se hubiera verificado. En lo que son de observar dos cosas. 1ª Que esta controversia hasta el presente indecisa en el seno de vuestra Iglesia creida infalible, es la mas importante de todas; porque de su decision depende la de las demás; siendo necesario reconocer el tribunal infalible antes de sujetarse á sus determinaciones. 2ª Que de los tres partidos que sobre este punto capital dividen la Iglesia Romana, los dos necesariamente yerran, y el tercero hasta ahora no ha podido hallar el secreto de desengañar á los otros dos. Por consiguiente su pretendida *infalibilidad* de nada le sirve; porque tanto aquellos á quienes este *derecho de infalibilidad* pertenece, como los otros á quienes no pertenece, pierden igualmente el fruto. Quisiéramos respondieran á este argumento,

1. El libro citado se titula: *Court examen de la Thèse de M. l'abbé de Prades*. Y si mucho no nos engañamos, el autor es M. Boullier, de quien tenemos una obra bastante ingeniosa, bajo el título de: *Essai philosophique sur l'âme des Bêtes*. Es lástima que las preocupaciones de la secta hagan discurrir tan desgraciadamente en materias de Religion á un metafísico por otra parte tan sutil.

» y se desafia á que lo hagan no solo el abate Prades, » sino toda la Sorbona, y aun la misma iglesia Romana » en cuerpo. » Hasta aquí nuestro protestante, en cuya objecion bien entendida no se descubre otra cosa que lo grande de sus preocupaciones y la desesperacion de su causa. Porque á la verdad, para satisfacerla no se necesita apelar á la Sorbona, ni menós á la iglesia Romana; un principiante de teología, y aun cualquiera fiel medianamente instruido en su Religion basta para disolverla. Con solas estas ideas le responderá sencillamente: que el sagrado tribunal, en quien reside la *infallibilidad*, y de quien recibimos los oráculos, es la Iglesia, en cuyo nombre se entiende el *cuerpo de los pastores unidos y concordados con su cabeza, que es el Romano Pontífice*. Esta es y ha sido desde los tiempos apostólicos la doctrina inconcusa é invariable de todos los católicos. Los padres, los catecismos y todos nuestros teólogos así lo acreditan. Así pues, cuando el protestante hace mencion de las diversas opiniones que, á su parecer, hay entre los católicos sobre este punto, y dice que « unos ponen este » tribunal infalible en el papa solo, otros, en el concilio, » otros finalmente en el concilio y en el papa unidos, » da á conocer ó su ignorancia, ó su mala fe. Porque prescindiendo de las dos primeras opiniones, de qué no hay necesidad por ahora de hablar, digo que la tercera no es *opinion de algunos*, como se figura ó parece piensa el hereje, sino una persuasion constante de todos los católicos. Ni esta persuasion se ha de creer es una simple opinion buena para consignarse solamente en los libros, sino que la demuestran y la han demostrado prácticamente los hechos, subiendo desde el concilio de Trento hasta el de Nicea, y desde este hasta el de los Apóstoles. En cuyos concilios, que llamamos *ecuménicos* porque representan á la Iglesia universal de Jesucristo, creen los católicos y han creído siempre *asiste el mismo Jesucristo con el Espiritu Santo*, conforme á sus promesas, para enseñar todas las verdades, y disipar todos los errores.

Por eso se han recibido y reciben como oráculos infalibles los cánones emanados de este tribunal sobre materias de Fe. Han creído y creen que por su sentencia se terminan sin apelacion las controversias pertenecientes

á la Religion, y han mirado y miran como herejes ó miembros separados de este cuerpo, á todos los que han rehusado prestar una entera sumision á sus decisiones, como fueron los Arrianos condenados en el Concilio de Nicea, y otros posteriormente hasta los últimos Novadores, contra quienes pronunció anatema el Concilio de Trento. Siendo pues este un hecho ciertísimo, luminoso y resplandeciente, desaparecen todas las sofisterías del mencionado hereje, y se ve ser falso cuanto dice de que estamos de acuerdo en admitir una Iglesia infalible, pero no en designar el tribunal de esta infalibilidad. Es falso que en la Iglesia católica permanezca indecisa esta disputa; y falso en consécuencia que nuestra creida infalibilidad no sirva para oponernos al error y terminar las controversias. Todo esto, repito, es falso, y está desmentido por los hechos; en lo que no hay un verdadero católico que no convenga. Y así no creo habrá quien no admire la osadía del sectario en presentarse en aire de triunfo, *desafiando á toda la Sorbona, y aun á toda la Iglesia en general* sobre un argumento fundado en una miserable impostura, de la que se pudiera haber desengañado y convencido por muchos de sus mismos autores herejes. Lo mismo decimos al ya citado Coste, quien, aunque confiesa que, suponiendo nosotros á la Iglesia infalible, justamente exigimos de los fieles una sumision perfecta á sus decisiones (lo que, como invenciblemente demuestra, no pueden hacer los Protestantes en virtud de su sistema), pretende sin embargo que todavía no estamos concordados en determinar á quien se ha de adscribir esta *infallibilidad*. En todo lo cual se engaña miserablemente, porque como acabamos de demostrar, todos los Católicos constante y firmemente creen que este tribunal infalible es la Iglesia ó el cuerpo de los Obispos unido á su cabeza, que es el Romano Pontífice: ya sea reunidos en Concilio general, ó ya que, dispersos en todo el Orbe, convengan en determinar algun punto de Fe, ó condenar algun error perteneciente á ella. Y por lo que hace á alguna otra dificultad que promueve Coste para combatir los fundamentos, en los cuales apoyados establecemos que debe haber en la tierra este tribunal infalible, no es este el lugar ni el tiempo de disiparlas,

aunque podríamos hacerlo fácilmente, y lo hacen con evidencia los teólogos. Bástanos por ahora el único punto que tratamos en este capítulo, á saber: que quitado este tribunal infalible, como lo quitan los Protestantes, en vano nos hubiera dado Dios la Escritura; porque abandonada su inteligencia, y hasta el mismo discernimiento de su autenticidad al capricho de los particulares, ni las controversias tendrían fin, ni habría nada seguro en materia de fe; se desplomaría por sí misma la Religión revelada, y pararíamos en el extremo de la impiedad. Esto es lo que sobrada y desgraciadamente hemos visto suceder al abrigo del sistema protestante; y por eso se ha dicho con razón que él es una de las fuentes de la incredulidad de nuestros tiempos.

### III. Nueva objecion de los herejes tomada del número de incrédulos que se figuran hay entre los Católicos.

No queremos por último pasar en silencio otra objecion que sobre este punto se encuentra frecuentemente en las obras de los Protestantes; y es el gran número de deistas, ateos, y demás clases de impíos que, á su entender, viven entre los Católicos cubiertos con la capa de Religión, especialmente en la Italia, donde esta Religión, tiene su primera silla. De lo cual, dando el hecho por sentado, infieren que la prerogativa de *infalibilidad* que atribuimos y reconocemos en nuestra Iglesia, de nada sirve para impedir los progresos de la impiedad.

A semejante argumento, que pone con su acostumbrada fogosidad el famoso Jurieu<sup>1</sup>, no responderemos nosotros; lo hará Bayle, á quien nadie recusará; el cual prescindiendo de la verdad de las premisas, negando las consecuencias lo desvanece enteramente: «Un enfermo, » dice<sup>2</sup>, que no cura, porque nada hace de lo que el médico le ordena, no puede ser testigo de que los remedios que propina no son saludables.» El dogma de la *infalibilidad* en nuestra Iglesia es por sí capaz de aquietar los entendimientos, disipar todas las dudas, y termi-

1 Véase sobre Jurieu el t. I.

2 Dicción. hist. crit., art. Maimbourg.

nar todas las controversias. Los herejes é impíos que han salido y salen de entre nosotros, no lo son sino porque contradicen á este dogma, y obran contra todo lo que la Religión prescribe; y obcecados por el ímpetu de las pasiones cierran los ojos para no ver esta luz, capaz por sí misma de impedir y disipar las tinieblas de sus errores. Pero en el Protestantismo no hay este principio *represivo* que fije los entendimientos y ponga fin á las controversias; antes bien se allanan en él todos los obstáculos, se quitan los diques, y como hemos demostrado, se concede franquicia al error. El número, pues, de extraviados que salen de entre los Católicos, nada prueba contra su Religión, pues para serlo tienen que separarse de lo que ella prescribe; mas entre los Protestantes es enteramente conforme á la índole de su sistema, pues se hacen impíos siguiendo las huellas, y caminando por los pasos que él les señala y significa.

Pero al oír hablar á los Protestantes de esa muchedumbre de Ateos y Deistas, que dicen reinar entre nosotros, ¿quién podrá dudar que en ello tiene mas parte su aversion á los Católicos, que no un juicio recto y apoyado en la verdad de los hechos? No negamos que en estos últimos tiempos se haya mezclado esta mala cizaña entre el grano escogido de los verdaderos creyentes; pero sabemos tambien que es un fruto con que nos han regalado los mismos Protestantes. Porque los libros impíos que entre ellos se publican y se imprimen, y por nuestra desgracia se esparcen á manos llenas en nuestras provincias, son, como se dirá mas adelante, una de las funestísimas fuentes de esta infeccion de incredulidad. Mas en realidad ni es tan universal, ni tan grande el número como ellos fingén ó se figuran. ¿Qué hombre de honor tendrá la avilantez de comparar la Italia ni otros muchos países católicos con sola la Inglaterra? Lo que hay de seguro es que los que se alzan públicamente entre nosotros con este carácter de impiedad, si no quieren volver sobre sí en virtud de los remedios prescritos por los que velan sobre el bien comun, se ven precisados á huir de nuestras provincias, y en los países protestantes hallan un asilo abierto donde se acogen, establecen y producen

cómodamente sus venenosos frutos. El marques de Argens y Voltaire son buenos testigos de ello<sup>1</sup>.

IV. *Reproduce la misma acusacion Hermano Conringio, y le responde Juan Boineburg. Conclusion.*

Insisten sin embargo los protestantes diciendo que los incrédulos están ocultos entre nosotros, pero que los hay, y en crecido número. Hermano Conringio, sin tomarse la molestia de venir á certificarse por sí mismo en nuestros países del hecho, pensaba demostrarlo con un argumento muy singular que propuso á Juan Boineburg, célebre literato alemán, de quien Leibnitz nos ha conservado y publicado muchas cartas. Dice pues Conringio que en Alemania es muy frecuente ver á la juventud que ha viajado por la Italia, volver á su país sin Religión, é inficionada de ateísmo. Y esto seguramente, dice, no puede nacer de otra causa sino de hallar allí tantos y tan expertos maestros en la impiedad, que con sus discursos y ejemplos la pervierten y corrompen. La Italia pues, infiere Conringio, es una escuela celeberrima y numerosísima de ateísmo. — Pues que hemos expuesto el argumento del hereje, no se lleve á mal oír la respuesta del citado Boineburg, que aunque católico, debe reputarse como testigo de vista, por haber vivido largo tiempo en aquellos países.

« Si muchos protestantes, dice, al volver de Italia se  
» burlan de la Religión, esto nace de haber visto y oído  
» allí cosas muy diversas de las que acerca del Pontífice,  
» cardenales y del clero todo habian antes oído á los  
» suyos en las academias, en las escuelas ó en el púl-  
» pito. Encuentran allí muchas cosas que les agradan,  
» aunque no todas las aprueben : y poco á poco parán-  
» dose á examinar el mérito de su propia creencia, y á  
» investigar su origen, se fastidian de su propia Religión,  
» y empiezan á preferir la que llamais Romana, Pero

<sup>1</sup> Hace alusion á cuando estos dos escritores se hubieron de retirar á la corte de Federico II de Prusia, y nuestros revolucionarios hoy en Inglaterra.

» como no están dotados de tanta erudicion que com-  
» prendan todos los puntos de ella; ni de tanta perspi-  
» cacia que puedan distinguir puntualmente las cosas  
» como son en sí; ni de tanta constancia de ánimo, que  
» se hallen prontos á abandonar los parientes, riquezas  
» y comodidades de esta vida; ni de tal virtud, en fin,  
» que se determinen á imitar la inocencia de costumbres,  
» que con grande admiracion ven profesar sinceramente  
» á muchísimos en la Iglesia Romana : para calmar los  
» remordimientos de su espíritu agitado, y á veces aban-  
» donados por justo juicio de Dios, llegan á un estado  
» que ó tienen por indiferente el profesar cualquiera de  
» las comuniones cristianas, ó juzgan que solo es verda-  
» dera la Religión natural : de modo que todo lo que se la  
» ha añadido, se debe reputar con Hobbes, Herberto  
» Cherbury, y otros semejantes maestros del libertinaje,  
» por invencion humana á fin de contener á los hombres  
» en su deber : y llegan por último al mayor exceso que  
» es dudar hasta de la inmortalidad del alma. No se debe  
» pues culpar á la Italia, si vuelven de allá tantos ateos  
» como decís; sino á los viajeros mismos, cuya perti-  
» nacia, resistiendo á la verdad conocida, busca un medio  
» ó expediente cualquiera para calmar su espíritu agitado.  
» Que en efecto ello sea así, se puede fácilmente inferir,  
» al ver que si algunos llegan á abrazar alguna Religión,  
» es la católica : y esto muchas veces con gran pérdida  
» de riquezas y de honores. Ciertamente, no negareis  
» que no hay país en el mundo en que haya tanto número  
» de incrédulos como en Inglaterra. Los mismos Ingleses  
» lo confiesan públicamente. ¿Y cuál será la causa? No  
» otra á la verdad, sino el tedio y aversion que tienen  
» tanto á las otras sectas, como á la dominante. Aprue-  
» ban en su corazon, á la verdad, la Religión católica;  
» mas con suma timidez, porque la ven oprimida, y  
» porque á los que la profesan no solo se les cierra la  
» entrada á todos los honores y empleos de la república,  
» sino que se exponen á graves daños y peligros. Por te-  
» mor pues de esto los débiles quieren mas bien no creer  
» cosa alguna, aunque en lo exterior celebren y profesen  
» la secta dominante, que profesar la Religión católica.  
» Conocerás pues, ó Conringio, has sido injusto con la

» Italia; y que es accidental si vuelven de allá sin Religion  
 » los que antes de su viaje parecian buenos y adictos á la  
 » creencia de sus padres<sup>1</sup>. » Hasta aquí Boineburg, cuya  
 erudicion singular, dignidades, empleos y fama pueden  
 verse en el prefacio que está al frente del primer tomo de  
 la correspondencia literaria de Leibnitz. Así pues, aun-  
 que no nos constituimos fiadores de que la causa universal  
 de la impiedad de los protestantes que viajan por Italia<sup>2</sup>  
 sea la que menciona este escritor, porque sabemos cuan-  
 tos y cuan variamente pueden combinarse los resortes  
 que mueven el corazon del hombre; pero si es cierto que  
 refiere un hecho muy verdadero, cuando dice que los  
 protestantes, que vienen á nuestros países, ven y experi-  
 mentan cosas muy diversas de las que acerca de los  
 dogmas, culto y costumbres de nuestra Iglesia escriben  
 y predicán con mil impertinencias é imposturas los mi-  
 nistros protestantes. Pretender lo contrario, como lo ha  
 hecho Conringio en la *respuesta á Boineburg*, no es mas  
 que sostener caprichosamente una falsedad que la lectura  
 de los libros protestantes de una parte, y una ligera  
 tintura de nuestra Iglesia por otra bastan para desmen-  
 tir. Por tanto es tambien muy natural, que un desen-  
 gaño tan luminoso y tan sensible deba hacer dudar á los  
 jóvenes viajeros acerca de su Religion que se apoya en  
 tales imposturas. Y de este estado vacilante no es de  
 admirar que, cerrando los ojos á la luz que ciertamente  
 les deslumbra, pero sin tener valor para rendirse á la

1 Tom. 1, *Epíst.* 56.

2 Y lo mismo por otras partes. Procede tambien de que por lo  
 comun lo que frecuenta la juventud son los teatros y las diversiones  
 : y las bailarinas y cómicas no son las mejores maestras de Re-  
 ligion. Corrompidas las costumbres es pronto el tránsito á la irreligi-  
 on. Caen pues en la primera fuente de la impiedad, esto es, la  
*Corrupcion del corazon*. Háganse los viajes con el recto fin de  
 instruirse en la Religion y ciencias, como dice exactamente M. de  
 la Chapelle (*Lettres sur l'Italie*), y aquella tierra clásica les presen-  
 tará objetos en grande que despertarán su Religion, y aun excitarán  
 la devoción. Pero querer entre cómicas y rufianes aprender á ser  
 virtuosos y conservarse puros, castos y modestos, es querer no que-  
 marse en medio de las llamas; y Dios no hace milagros sin necesi-  
 dad. Pocos viajeros jóvenes vuelven cómo fueron, porque á los via-  
 jes sigue la disipacion.

verdad, desgraciadamente se dejen caer en un estado  
 de incredulidad. Conoce pues, y lo debe confesar todo  
 honrado protestante, que este modo de raciocinar es  
 mucho mas justo que el fingir en Italia esparcidas socie-  
 dades de ateistas<sup>1</sup>, para corromper á la juventud. Con-  
 cluyamos pues esta materia, y digamos que, aunque no  
 se niegue hay entre nosotros desgraciados que ó por  
 ignorancia ó por pasion vacilan en la fe, y acaso yacen  
 en el abismo de la impiedad, su número no es tan cre-  
 cido como fingen los protestantes; y además el sistema  
 de la Iglesia católica no solo no les induce en manera  
 alguna á ello, sino antes bien eficazmente los aparta de  
 semejante abominacion. Al contrario entre los pretendi-  
 dos Reformados es grandísimo, por su misma confesion,  
 el número de los incrédulos, es decir, de herejes, natu-  
 ralistas, deistas y ateistas; y además el sistema que ellos  
 han introducido, esto es, la *via de exámen*, enemiga de  
 todo tribunal infalible de las controversias en materia  
 de Religion, abre por su naturaleza la puerta á los mas  
 perniciosos y espantosos delirios y desórdenes<sup>2</sup>. Debe  
 pues reconocerse el *Protestantismo* por uno de los *man-  
 nantiales* de la *moderna impiedad*, que es lo que nós  
 habíamos propuesto demostrar.

1 Sin embargo las *sociedades secretas* que en estos últimos años  
 se han descubierto en todos los países del otro lado de los Pirineos  
 deben hacer muy cautos á nuestros padres de familias en enviar á  
 sus hijos á viajar. La desgracia de otros muchos los debe cantar.  
 A qué, con peligro de sus costumbres, enviarlos á tomar una tintura  
 de erudicion, que en su país y al lado de buenos maestros puede ser  
 sólida instruccion sin estos inconvenientes? No se engañen con pre-  
 texto de gusto y erudicion: volverán mas habladores, sí, y tal vez  
 mas corrompidos; pero mas sabios no.

2 De esto veremos pruebas espantosas en la obra de *Minler*, que  
 con tanto aplauso se publicó en Francia é Inglaterra.